

## RESEÑAS DE LIBROS

José Carlos Castañeda Reyes, *Sociedad antigua y respuesta popular. Movimientos sociales en Egipto antiguo*, México, UAM-I, Plaza y Valdés, 2003, 511 pp.

“Los hombres construyen su propia historia” es la proposición de Alain Touraine que abre la introducción de este libro. Es además, la idea central que el doctor José Carlos Castañeda ha hecho suya en sus trabajos publicados y por publicar; punto de partida de la así llamada *Escuela de los Anales* que propone deslizar el foco de interés del historiador de las élites sociales, con los gobernantes a su cabeza, hacia la base de la sociedad. En el caso del Egipto antiguo el método ha sido especialmente saludable. No es necesario dar referencias sobre la manera en que nos había sido *contada* su historia hasta hace pocas décadas y que persiste en muchas publicaciones, sobre todo las de lujo, que vemos en los aparadores de las librerías: parece como si del Egipto antiguo lo interesante fueran sólo los faraones y sus pirámides. Muy otra es la perspectiva de los historiadores que han vuelto sus ojos hacia la estructura social y la economía de un Estado constructor de monumentos impresionantes, pero cuyas obras, levantadas por trabajadores de los sectores más bajos en la jerarquía social, no podía sino afectar muy negativamente las condiciones de vida impuestas a ellos por gobernantes todopoderosos. Esto es indiscutible; sin embargo, sólo deducirlo es muy diferente de documentarlo rigurosamente; la tarea de extraer de los documentos producidos por las élites los datos sobre estos aspectos no es cosa fácil. Se requiere tener acceso a las fuentes primarias, a través del conocimiento de la lengua y la escritura en que han llegado hasta nosotros tanto los documentos historiográficos, como los literarios, para después pasar los datos obtenidos por un agudo y riguroso método crítico. El trabajo que supone lidiar con documentos de épocas y espacios tan distantes es algo que a veces —o que normalmente, quizá— no se valora como se debiera. José Carlos Castañeda, quien gracias a su preparación académica dispone de los instrumentos para hacer frente a ese tipo de reto —lo demuestra, si fuese necesario señalarlo, la frecuente referencia a los términos en lengua egipcia—, no se ha arredrado a ir más lejos: no acepta lo que siempre se ha dicho, *les idées reçues*. El trabajo de las masas del Egipto antiguo se deduce de la grandeza, casi sobrehumana, de sus obras arquitectónicas. Pero, ¿estarían siempre dispuestos

esos hombres a soportar los rigores de tal trabajo? *A priori*, podemos pensar que no. Sin embargo, ¡qué poco —o nada— encontramos en la literatura disponible sobre la reacción popular ante sus condiciones de vida, impuestas por gobernantes tan inhumanos que se creían dioses! José Carlos Castañeda busca, documenta, analiza e interpreta la información existente para ofrecernos una visión fundamentada de ese aspecto tan importante como descuidado en la historia: los movimientos populares que conmovieron las estructuras de dominación al punto que, en ciertos momentos, provocaron crisis mayores en estados tan poderosos como el Egipto faraónico. Las fuentes existen: indicadores arqueológicos, inscripciones frecuentemente ilustradas por grabados —que tanto han cautivado a los estudiosos del arte—, y también documentos literarios. Todo ello producido por las élites sociales que detentaban el poder y que, por lo mismo, se debe analizar echando mano de metodologías que garantizan su correcta interpretación. Por ello, José Carlos Castañeda muestra, en este libro, una gran preocupación por el problema fundamentalmente metodológico que supone abordar la historia desde esa perspectiva.

Para empezar, en su introducción, expone la propuesta de los autores de la *Escuela de los Anales* —recurrir a los avances de las ciencias sociales para comprender mejor lo sucedido en el pasado— para, en seguida, revisar la manera como emplearon el método los historiadores que se han propuesto aplicarlo a la historia del Egipto antiguo. Con el objeto de obviar los escollos en que cayeron algunos de ellos al manejar sin cuidado suficiente términos como “feudalismo”, “burguesía”, “obreros asalariados”, el doctor Castañeda, muy consciente de los riesgos que ha debido sortear, hace de ese tema y del subtema del recurso a las fuentes literarias —más sutil, y por ello tanto más insidioso— el meollo de su introducción. El cuerpo del trabajo está dividido en cuatro capítulos. En el primero, el autor expone los antecedentes del movimiento popular durante el reino antiguo: el trabajo forzoso al que era sometida la población para la construcción de las grandes obras constructivas, sus condiciones de trabajo y de vida, la amenaza del hambre, las consecuencias de la guerra para la gente del pueblo y el desarrollo de lo que parece haber sido la primera de las grandes rebeliones sociales documentada en la historia del Egipto faraónico, por lo que éste es el tema sobre el que se extiende la argumentación de éste y de los dos capítulos siguientes. El capítulo segundo se deriva, en efecto, del tema discutido en el primero. Nos lo dice claramente su título: “El fin del movimiento y sus repercusiones en la sociedad egipcia antigua”, temas que desarrolla parte por parte: final del proceso (de la rebelión) y de los resultados del movimiento. Así, expuesto ya ese gran movimiento social en sus diversos momen-

tos —antecedentes, desarrollo y consecuencias— vuelve el autor a la discusión de aspectos metodológicos, como lo hacen ver los subtítulos que cierran ese segundo capítulo y tratan, ambos, sobre la “La Revolución social”. ¡Revolución, con mayúscula!... ¿No cae José Carlos Castañeda en la trampa de atribuir al Egipto antiguo un término que ha llegado a tener connotaciones muy específicas por referirse a acontecimientos dramáticos de nuestro tiempo, especialmente la Revolución Rusa, así, con mayúscula? La solución más simple hubiera sido salirse por la tangente: la rebelión que ocurrió al final del Reino Antiguo en Egipto no se puede llamar una verdadera revolución más que en sentido muy amplio, en cuanto que parece haber sido una revuelta popular que tuvo algunas consecuencias en el desarrollo de la historia, tal como lo muestra lo que se constata durante el Reino Medio..., ¡y ya! No, el doctor Castañeda no evade el problema epistemológico: aun cuando la respuesta a la pregunta que se hace sobre si se puede hablar estrictamente de una revolución social es negativa —“la estructura económico-social del mundo egipcio antiguo que se refleja en las relaciones de producción y de propiedad de los medios de producción de la formación social no varió esencialmente en comparación a las que existieron durante el Reino Antiguo” (p. 223)—, la argumentación sobre ese tema polémico es amplia y refleja un serio rigor académico. Lo importante es hacer notar que el caso se refiere a acontecimientos que por sus dimensiones, han llegado a provocar la discusión. El capítulo tercero profundiza en las circunstancias de fondo que explican el gran control social del Estado faraónico: “Los mecanismos de dominación [...] ideología y dominación de clase [...] valores que reflejan los textos, los mitos y la religión, el Faraón y su imagen [...] control social y política estatal”. Termina el tercer capítulo con una exposición sobre los *reyes populares* del Reino Medio: en un panorama de ascenso social de una “clase media” de artesanos, comerciantes, pequeños propietarios agrícolas y otros, surgen personajes de origen no noble, “*monarcas populares*”. Los entrecomillados son del autor del libro quien, de nueva cuenta parecería claudicar en su principio de no atribuir términos tomados de las ciencias sociales contemporáneas sin discutirlos. ¿Lo salvan de esta crítica *sis* comillas que parecen indicar que emplea el término reconociendo tal riesgo, sin incurrir en él?... Por otra parte, y de manera evidente, la tentación de ver en esa situación evolutiva una consecuencia a largo plazo de la revolución social es grande. Prudentemente José Carlos Castañeda se deslinda de caer en ella: “Parece interesante poder relacionar este ascenso de grupos no nobles con la “revolución social”, pero los datos al respecto son inexistentes. Empero, no parece imposible que esta situación real o supuesta (con fines ideoló-

gicos gubernamentales) se presentara como resultado de los nuevos tiempos que vivía la sociedad egipcia y como respuesta del grupo en el poder a la situación que se desarrolló en el país a fines y luego de la caída del Reino Antiguo". (p. 278). El capítulo cuarto, "Respuesta social y nuevos logros populares" (durante el Imperio Nuevo) parece más bien un epílogo. En la exposición sobre "Las respuestas sociales y [los] nuevos logros populares" desde el Nuevo Imperio hasta la conquista persa en sus diversos momentos —Ajenatón y los grupos populares; la reacción militarista: de Tutankamón a Horemheb; la victoria de los militares: Horemheb; los logros populares y la política estatal: fin del Imperio Nuevo; el Tercer Periodo Intermedio y la Baja Época, hasta la conquista persa— cambia un tanto el estilo del discurso, lo que puede hacer sentir al lector que se hubiera roto el hilo de la temática del trabajo. En efecto, el discurso cambia, porque así lo imponen las características de las fuentes de que se dispone a partir del Nuevo Imperio. Aparte de que el azar de los hallazgos arqueológicos impide el mantener un mismo tipo de discusión de una época a otra, y esto sucede en el caso concreto, también es cierto que la sociedad parece nueva, las condiciones sociales se transforman: la reforma religiosa de Ajenatón tiene repercusión en los grupos populares y, aunque no todo es bonanza absoluta, los regímenes militaristas subsiguientes muestran actitudes paternalistas respecto de los sectores populares (p. 349). Si lo que se hubiera propuesto el doctor Castañeda hubiera sido exponer únicamente aquel acontecimiento dramático que puso fin al Reino Antiguo, la última sección sería en efecto un epílogo. Pero, sería también olvidar que el autor se ha propuesto primordialmente exponer cómo, en el caso de la historia de Egipto, "la sociedad", como lo es toda sociedad en cualquier punto del planeta y en cualquier momento de la historia, fue sujeto y no sólo objeto de su devenir en el tiempo. De ahí, la segunda parte del título de toda la obra: "respuesta popular". Más allá de los acontecimientos dramáticos de la historia, lo que José Carlos Castañeda porfía en rescatar es el papel de la sociedad en la historia, en los *movimientos populares* en especial, pero no únicamente en el momento en que las masas lograron asentar un golpe mayor al Estado faraónico. En el Imperio Nuevo encuentra nuevas formas de presencia de ese actor: la sociedad en su conjunto; durante el Imperio Nuevo, el Tercer Periodo Intermedio y la Época Baja, "las rebeliones sí se conocen, pero sus efectos no parecen haber trascendido más allá de su momento inmediato posterior: "el breve análisis que sigue —escribe el autor al inicio del cuarto capítulo— intenta tan sólo mostrar algunas de las líneas principales de estos acontecimientos históricos, señalándose su importancia sobre la historia de la sociedad egipcia

antigua” (p. 298). Y por eso mismo, por las diversas características de las fuentes, en la conclusión hace hincapié sobre las variadas formas en que en ellas se revelan “los movimientos populares”, como los llama en el título del libro. En otros términos, la acción de los sectores populares que incide en su historia: una forma más dramática y más explícita, en el caso de la rebelión social al fin del Reino Antiguo; de manera más indirecta, en el caso del Reino Medio y del Imperio Nuevo. A lo que José Carlos Castañeda no renuncia es a desentrañar el papel de la sociedad en la historia. En suma, gracias a los textos historiográficos y literarios tomados de su lengua original —y eso, nunca sobra repetirlo, es uno de los mayores méritos que hay que reconocerle—, el libro que él pone en nuestras manos nos ofrece información con datos de primera mano. Y más allá de la simple información textual y arqueológica, el sentido crítico con que analiza esas fuentes primarias y la interpretación que de ellas hace, permitirán al lector profundizar verdaderamente en la comprensión del papel que los hombres y mujeres de Egipto desempeñaron en su historia.

JORGE SILVA CASTILLO  
*El Colegio de México*

Max Linger-Goumaz, *A l'Aune de la Guinée Équatoriale*, Suiza, Les Éditions du Temps, 2003.

La exhaustiva revisión histórica, el análisis profundo y la consecuente reflexión de alto nivel de Max Linger-Goumaz, representan los hilos conductores de la obra *A l'Aune de la Guinée Équatoriale*. Adentrarse en el estudio de África representa hoy una labor especialmente trascendente dada la construcción transitada por la historia humana, que parece sujetarse de manera exclusiva a los designios, la voluntad y los intereses de las fuerzas y los actores hegemónicos del orbe.

El inicio de la exposición de la historia de Nueva Guinea (siglo XIX) no se limita a una descripción estéril del pasado; por el contrario, encuentra en él las raíces de la problemática presente de Nueva Guinea y trasciende sus propios límites para revelar, a modo de negativo fotográfico, la dinámica política de la Europa decimonónica. Con lo cual Linger-Goumaz inscribe desde el primer momento su investigación en el contexto de las relaciones internacionales. Desde esta perspectiva, Gran Bretaña, Alemania, Francia y España encuentran en Nueva Guinea un nodo donde convergen sus respectivos devenires como im-

perios coloniales. Así pues, el territorio africano es postulado como una importante arena de interrelación entre quienes dirigieron los hilos del acontecer mundial durante la forjación de la Modernidad. Resulta exaltable, ya desde la introducción, la rigurosidad académica en la investigación histórica y la profundidad del análisis del autor, así como su capacidad de síntesis y la claridad en sus exposiciones.

En otros términos, tratar la democratización africana representa una delicada labor, dada la algidez del tema y la frecuente subjetividad de las fuentes. El continente como objeto de análisis parece encontrarse sometido de manera constante a los intereses personales de quienes se aproximan a él con afanes de estudio, así como a los intereses de sus puntos de procedencia. Sin embargo, Linger-Goumaz encarna la labor de un verdadero africanista. Su rigurosidad investigativa provee de alta objetividad la explicación del proceso en Nueva Guinea, al postularlo inteligentemente como un caso extendible al resto de África, al sustraer líneas generales distinguibles que resultan comunes a la dinámica histórica continental. Muy acertadamente, en el proceso se evidencia la relación entre el ámbito internacional y las variables internas de Nueva Guinea, unas y otras tejidas finamente y con agudeza; cualidades que lo conducen al descubrimiento de términos tan acertados para describir el desenvolvimiento de la democracia en África, como *démocratisation perverse*. De igual modo, derivado de lo anterior, el autor genera tan importantes distinciones como la existente entre *démocratisation* y *démocrature*; riqueza de lenguaje cuya relevancia es indiscutible en las Relaciones Internacionales al representar una rama de estudio cuya seriedad y solidez conceptual han sufrido cuestionamientos académicos. En este libro, la Historia sirve de manera atinada al propósito de sustentar el desarrollo del área internacionalista.

La irrupción de Estados Unidos como un nuevo actor modelador de la Nueva Guinea contemporánea representa el climax de la narrativa histórica del estudio. Al conducir un proceso, evidenciado como *neo-colonizador*, el suceso pone en entredicho la existencia de una democracia real en Nueva Guinea, en África y en las otras porciones del planeta relegadas a los márgenes de la política, la sociedad y la economía —si sus rasgos globales son extendidos al resto del planeta y confrontados con el acontecer actual. Tal es la manera como el texto aborda el tema de la globalización (*mondialisation*), sus modelos y estructura; lo que prueba su importancia no sólo en términos de la revisión que del pasado realiza, sino también en la actualidad del orden mundial, lo que afirma el lugar que África ocupa en ella, como objeto pasivo de los intereses primermundistas. La permanencia de dicha condición es lo que conduce a la gran conclusión, según la cual el esclavismo en Nueva Guinea, como en el resto del continente, carece de variación alguna

respecto a la de siglos pasados: las condiciones vigentes de los trabajadores africanos simbolizan, en pequeña escala, la de sus países en el contexto de la globalización; a saber, la de la sobreexplotación, las relaciones de poder radicalmente asimétricas y una remuneración paupérrima por el fruto de su labor y riquezas naturales. Dentro de las fronteras de Nueva Guinea una oligarquía concentra en sus manos las ganancias por concepto de la exportación de energéticos, mientras el porcentaje más elevado de su población intenta sobrevivir bajo condiciones de pobreza absoluta. Los planos internos social, económico y político se imbrican en la descripción de tal situación estructural.

Toda omisión habla de una intención. El continente africano, en apariencia olvidado, aparece aquí como un punto geopolíticamente estratégico para el interés nacional de Washington y la delincación de su política exterior: son numerosos los propósitos y las acciones dirigidas a acometerlos que hacia él confluyen. Para completar su exposición, Linger-Goumaz integra a su análisis otros más en diversos niveles; también temas internacionales y regionales: las variadas agencias del gobierno estadounidense, sus directivas, el territorio asiático e imprescindiblemente el petróleo —y más recientemente el terrorismo—, son considerados variables de primer orden en la dinámica de las relaciones entre los hegemónicos y el resto del orbe, incluyendo lógicamente a Nueva Guinea, figurada víctima de su propia riqueza.

Una lúcida capacidad de reflexión del autor complementa su trabajo. De ella se deriva la invitación a pensar sobre la relación que establece entre términos como *fuerza y justicia; libertad y autoridad*, los cuales han de reformular las políticas en África con objeto de instaurar una democracia real y romper con el continuo y siniestro modelo de relaciones exteriores, donde el papel de la región se limita a venderse al exterior, a cualquier precio.

Decididamente *A l'Aune de la Guinée Équatoriale* postula a Max Linger-Goumaz como un ejemplar exponente de la labor del historiador, el africanista y el investigador en el campo internacional. Editar una obra del calibre y calidad de la presente es un llamado, cuya voz recuerda la trascendencia poseída por África, que rebasa las fronteras de su potencial explotable: justamente por ser un continente compuesto por numerosas culturas con una historia propia, digna de ser rescatada, estudiada y analizada para arribar a las conclusiones que permitan a la sociedad global del presente conocer los errores del pasado y corregirlos; evitarlos en el futuro; encauzar su rumbo y construir en el hoy un porvenir más viable para sí misma y para el planeta.

MARÍA MERCEDES AGUDELO  
ITESM-Campus Ciudad de México

Leon Siroto y Kathleen Berrin (ed.), *East of the Atlantic, West of the Congo: Art from Equatorial Africa. The Dwight and Blossom Strong Collection*, San Francisco, The Fine Arts Museums of San Francisco, distribuido por The University of Washington Press, 1996, 62 pp.

Este libro tiene como finalidad presentar una colección de obras de arte tradicional africano, que fue iniciada a fines de los años setenta por Dwight Strong. Las obras proceden de pueblos que habitan en una amplia extensión geográfica, que para fines prácticos es englobada en el término de África ecuatorial occidental y que comprende parte de Camerún, Gabón, Guinea Ecuatorial, la República del Congo (antes República Democrática del Congo) y la República Centroafricana. La gran mayoría de las obras que conforman esta colección no corresponde al denominado arte clásico gabonés —por lo tanto, a pesar de su extraordinaria belleza, son poco conocidas—, lo que permite apreciar la vitalidad y la variedad de las culturas de esa zona.

El catálogo de la colección, realizado por el antropólogo Leon Siroto, constituye la parte central del libro. Dos artículos proporcionan los marcos histórico-cultural y artístico que permiten al lector apreciar la especificidad y relevancia de la colección.

En el capítulo titulado “Reflexiones sobre la escultura de una región”, Leon Siroto introduce al lector en la riqueza histórica de los pueblos de cultura bantú de esa región y en las perspectivas occidentales en torno del arte de esos pueblos. En la parte costera de esa región surgió, en los siglos XVI y XVII, una intensa actividad comercial —que tuvo un papel determinante en la historia de la región— con navegantes portugueses. En la parte interior, se registró un periodo de profundos cambios, entre fines del siglo XVIII y inicios del XIX, en parte estimulado por el crecimiento poblacional y en parte por la presencia de europeos en la costa, lo que provocó fuertes movimientos de población bantú.

Los grupos costeros dedicados al comercio difundieron un culto religioso que comprendía ritos que involucraban el uso de reliquias familiares y de estatuas de guardianes. L. Siroto sostiene que ese culto, que se extendió a toda la región, favoreció el desarrollo de religiones tradicionales que recurrían al arte. La ausencia histórica de testigos, afirma el autor, ha posibilitado la proliferación de hipótesis explicativas en torno de los orígenes étnicos y culturales del arte en esa región, hipótesis que por lo general tienden a simplificar la realidad.

Entre 1880 y 1930, la ocupación colonial y la penetración de los misioneros tuvieron un impacto negativo en esos ritos, que en for-

ma paulatina se perdieron. Sin embargo, a principio del siglo xx empezó a surgir un mercado europeo para las obras de arte procedentes de esa región: convertidas en simples mercancías fueron acaparadas por comerciantes europeos que no se preocuparon por su origen y por su naturaleza, masificándolas bajo el rublo de “ídolos” de Gabón.

Leon Siroto sostiene que se han realizado distintos trabajos monográficos para intentar clasificar los estilos de esas piezas de arte, por lo general aplicando métodos de historia cultural. Sin negar el mérito de estos esfuerzos, subraya sus limitaciones debido a la casi total ausencia de datos: se trata de un conjunto de imágenes no documentadas. Ese arte no ha sido abordado en estudios académicos serios, lo que ha permitido que algunas investigaciones estén más influidas por el mercado del arte que por intereses académicos. En muchos casos se dan nombres arbitrarios a las obras; también son reducidas a la categoría de “curiosidades”, generando más confusión que explicaciones.

El autor sostiene que la diferenciación de estas obras refleja las circunstancias históricas, por un lado, de las migraciones masivas desde el interior (por lo general desde la sabana) hacia la selva y, por otro, en las partes costeras, del impacto del contacto con los europeos a través del comercio. A partir de un criterio etnológico y de los aspectos particulares de las obras, distingue dos estilos en las obras que constituyen la colección *Strong: frang y kwele*.

En el catálogo, Siroto presenta una breve explicación de las obras de la colección e incluye fotografías: algunas en color, aunque la gran mayoría están en negro y blanco.

En el último capítulo, con el título “Las nuevas direcciones para el arte de África ecuatorial”, Alisa LaGamma afirma que para abordar este tema es necesario tomar en cuenta los esquemas intelectuales usados en el pasado para explicar este arte, entre cuyas limitantes destaca la tendencia a presentar los objetos en moldes que sugieren identidades estáticas. Sin embargo, el desarrollo de la historia del arte africano ha permitido descubrir que más allá de la apariencia formal, en estas obras subyacen sistemas de creencias y contenidos ideológicos.

Uno de los grandes obstáculos para la investigación ha sido la dificultad para penetrar en la región, debido entre otros aspectos a la densa selva tropical, a la existencia de múltiples riachuelos y ríos no navegables. Esta dificultad ha favorecido en parte la percepción occidental de que se trata de una zona fragmentada, con múltiples grupos culturales sin conexión entre sí. Investigaciones recientes han permitido descubrir temáticas que cruzan las fronteras étnicas, con

el surgimiento de nuevos esfuerzos para entender con criterios locales las formas de arte y sus roles en los sistemas de poder. En su propia investigación, Alisa LaGamma afirma que ha descubierto la existencia de tradiciones artísticas regionales que están vinculadas con discursos locales sobre la naturaleza del poder. La autora observa que los esfuerzos por explicar ese tipo de arte responden a la realidad contemporánea, mientras se intenta esquematizar su propia historia del arte.

Complementan estos trabajos un mapa de la región y una bibliografía, elaborada por Alisa LaGamma.

HILDA VARELA  
*El Colegio de México*

Bruce Gillet, *Model Rebels. The Rise and Fall of China's Richest Village*, University of California Press, Berkeley-Los Ángeles, EE.UU., 2001.

A veces la microhistoria nos dice más que los análisis macroestructurales, porque aunque el objeto de estudio de la misma sea una pequeña comunidad, o el líder que la lleva al éxito económico y a la fama, es muy probable que la situación examinada ahí sea reflejo de lo que está ocurriendo en mayor o menor medida en el resto de la sociedad; en este caso, el campo chino. En *Model Rebels...*, Bruce Gillet describe con gran detalle el ascenso espectacular y la caída estrepitosa, personal, política y social experimentados por un líder campesino —Yu Zuomin— en la China de las reformas en el campo, iniciadas de manera informal en ese país a mediados de los años setenta como parte integral de un cambio drástico de estrategia económica. Lo interesante de este relato es la relación que desde un principio establece el autor entre los logros de dicho líder local y los de la comunidad rural que presidió por 30 años (1963-1993), en una primera etapa sujeto a los vaivenes del régimen maoísta.

Como bien se señala en el prólogo de este trabajo, “el libro es un intento por describir los eventos y las fuerzas que condicionaron la extraordinaria historia de Daqiu” (Daqiu, aldea dentro del condado de Jinhai, municipalidad especial de Tianjin, situada a 15 km al sureste de Jinhai y a 45 km de la ciudad de Tianjin). Pero además de la descripción de lo sucedido en Daqiu, Gilley esboza un análisis sociológico de los factores que llevaron a acciones colectivas ca-

da vez más agresivas de los habitantes de esta aldea del norte de China frente a un Estado autoritario; que se hicieron posibles por una coyuntura histórica más tolerante que permitió se establecieran y fortalecieran estructuras de poder local, incluso más autoritarias que las de dicho poder central.

Casi al inicio de su relato, Bruce Gilley nos dice que en el esfuerzo de consolidación de la colectivización agrícola empujada por Mao Zedong a fines de los años cincuenta, por el que de un momento a otro se pasó de alrededor de 75 000 unidades colectivas a 26 000 grandes comunas populares en todo el país, Daqiu quedó como una brigada de producción dentro de la Comuna de Caigong, y Yu Zuomin, entonces de 29 años, que comandaba un grupo de trabajo de veinte personas, quedó a cargo de un equipo de producción y fue nombrado subsecretario de la brigada. Cinco años después, en 1963, Yu Zuomin surgiría como líder *de facto* de Daqiu cuando, en circunstancias de lluvias torrenciales que inundaron la aldea y obligaron a su evacuación, logró conducir a 1 900 aldeanos —toda la población de Daqiu— hasta Tianjin, un recorrido de 45 km sin que se perdiera una sola vida. Ese tipo de acciones, así como su decisión anterior de permitir a los campesinos de su equipo de trabajo que sembraran parcelas familiares para enfrentar la hambruna resultante de las políticas del Gran Salto, antes de que esas medidas fueran oficialmente sancionadas por el Partido, hicieron que alrededor de él se formara una base política local que lo apoyaría en su papel de secretario del Partido en la aldea a lo largo de tres décadas.

Una oportunidad de fortalecer su liderazgo dentro de Daqiu se le presentaría a Yu Zuomin en el verano de 1977, ya en el contexto de giro político que caracterizó la segunda mitad de los setenta en China, y que permitiría la introducción de una estrategia reformista en diciembre de 1978, cuando se la adoptó de manera oficial. Después de algunas dificultades derivadas de los cambios en la tendencia política, y de su interpretación en el ámbito local, Yu logró continuar como secretario de la rama del partido en Daqiu, pero con el compromiso de sacar de la pobreza a su comunidad en el término de tres años a partir de entonces.

Cabe señalar que una de las razones del éxito alcanzado por esta población rural a lo largo del periodo reformista se deriva de la visión de su líder, quien en varias ocasiones se adelantó a los acontecimientos y por lo mismo pudo aprovechar al máximo el impulso de los primeros años de las reformas en el campo (1979-1984), y más adelante el nuevo impulso dado por Deng Xiaoping a la estrategia reformista a principios de 1992. La convicción de Yu Zuomin de que Daqiu no tenía posibilidades de desarrollo agrícola, dada la

salinidad de su tierra agrícola, llevó a este líder y a un grupo pequeño de personas de esa localidad a emprender un primer proyecto industrial (laminados de acero) a principios de 1978; uno de tubos de acero en 1979; a construir una imprenta en 1980, y una empresa para la producción de equipo eléctrico en 1982.

Estas cuatro empresas, las llamadas “cuatro gallinas”, serían la base de un conglomerado industrial que se constituyó en 1983 y más adelante alcanzaría grandes proporciones; pero lo interesante aquí es que además de su crecimiento en lo económico, de su diversificación de actividades y su expansión fuera del ámbito local a lo largo de esa década y principios de la siguiente, fue cubriendo cada vez más aspectos de la vida de la comunidad, hasta convertirse en el gobierno local *de facto*, con Yu Zuomin a la cabeza y con representantes de unas cuantas familias locales en los principales puestos.

Todo lo anterior se relata de manera muy vivida en el libro objeto de esta reseña como algo que se refiere específicamente a Daqiu, pero estaba sucediendo en una infinidad de comunidades rurales de China, más todavía en las provincias costeras y en lugares alejados del centro de poder; aunque por lo visto también en zonas cercanas a la capital. La diferencia entre Daqiu y otras comunidades rurales que experimentaron rápido crecimiento económico e industrialización en esos años, es que Yu Zuomin, aparentemente apoyado por la población local, desde un principio se enfrentó a las autoridades del condado a fin de sacar adelante sus proyectos, y muy pronto comenzó a hacer caso omiso de las directivas del Partido, e incluso a declarar públicamente su rechazo a ellas.

No hay que olvidar que la percepción de acciones colectivas de resistencia o rebeldía de comunidades rurales frente a políticas y medidas administrativas de carácter nacional, será totalmente diferente si se las examina desde el punto de vista del gobierno central al que amenazan, que si desde el de la comunidad tradicionalmente atrasada que repentinamente cuenta con los recursos para emprenderlas, y que las ve como un derecho que hasta entonces le había sido negado. Lo interesante de la narrativa de Gilley es que trata de presentarlas desde esta última perspectiva.

Pero de cualquier manera que se lo vea, el ascenso económico y posteriormente político, y la caída de gracia de la aldea de Daqiu es un caso extraordinario de rebelión rural en China, que salió a la luz únicamente debido a que hubo que tomar medidas extremas para su control, entre otras la aprehensión y juicio de Yu Zuomin y de por lo menos dos docenas de funcionarios a la vez que de empresarios locales de Daqiu a principios de 1993; desde luego no es único en el contexto de debilitamiento creciente del control del partido comunista

en las áreas rurales, sobre todo en las zonas de mayor desarrollo económico relativo, y seguramente continúa presentándose en versiones menos violentas en otras aldeas y pueblos de China, en la medida en que los campesinos se han fortalecido en conexión con la transformación de la economía rural.

Un aspecto que vale la pena resaltar y que se hace patente en el relato de Bruce Gilley sobre las formas de organización de la naciente industria rural en la aldea de Daqiu, lugar que como ya se dijo era poco apto para la agricultura, y sobre el proceso de transformación de esa estructura industrial y de su liderazgo en gobierno *de facto*, es la fuerza de las relaciones familiares y de clan todavía presentes en el medio rural en China, las que supuestamente habían desaparecido o por lo menos habrán sido subyugadas a lo largo de treinta o más años de políticas que conllevaban la superposición de poderes políticos externos sobre las estructuras sociales del campesinado chino.

El hecho es que el surgimiento casi espontáneo de empresas industriales en el medio rural de China a partir de la segunda mitad de los setenta, mucho antes de que fueran oficialmente sancionadas por el partido comunista y por las autoridades centrales a mediados de los ochenta, hubo de basarse en el apoyo otorgado a ellas por el poder local; en el caso de las aldeas prácticamente autónomo dado que hasta la fecha no forman parte de la estructura político-administrativa nacional formal; pero decir autoridades locales en las aldeas chinas también quiere decir familias, las que tomaron control de las nuevas empresas industriales independientemente de la forma de propiedad de las mismas, en su inicio colectiva, y a partir de principios de los noventa mixta.

Estas dos características de la estructura social del campo chino —la importancia de los lazos familiares y de clan, así como la coincidencia entre gobierno y economía locales en ese contexto— han condicionado la naturaleza de su crecimiento, aun en un ambiente de mayor apertura nacional, pero no son suficientes como factores que lleven a la rebelión frente a un poder central autoritario, si no fuera por la debilidad creciente de las instituciones políticas, que no han podido seguir el paso a los cambios económicos de los últimos veinticinco años. Al señalar esto coincido con la opinión del autor en cuanto a que la caída política y el encarcelamiento de Yu Zuomin se debieron básicamente a razones políticas, y tuvieron poco que ver con su tendencia a ejercer poder discrecional, e incluso a propiciar la violencia dentro de su comunidad rural. Según Gilley, Yu cayó porque, al comenzar a cuestionar abiertamente las directivas del Partido comunista y al establecer vínculos independientes de carácter políti-

co con otras comunidades rurales, se convirtió en una amenaza que rebasaba el ámbito local y del condado.

Por otra parte, aunque la transformación de un gobierno central autoritario en uno más tolerante es siempre bienvenida en el sentido de que propicia la formación de fuerzas locales y en el largo plazo puede llevar a la democratización de un país —en este caso la República Popular China—, también es cierto que en un contexto de instituciones débiles, el vacío de poder derivado de un menor control del Partido y del gobierno central sobre las zonas rurales, puede llevar al surgimiento de caciques, y al retorno a las estructuras tradicionales basadas en familias y clanes.

MA. TERESA RODRÍGUEZ Y RODRÍGUEZ  
*Instituto de Investigaciones Económicas-UNAM*

Ishita Banerjee Dube, *Divine Affairs: Religion, Pilgrimage, and the State in Colonial and Postcolonial India*, Shimla, Indian Institute of Advanced Study, 2001, 195 pp.

Ishita Banerjee Dube ha escrito un importante libro sobre el culto a Jagannath en Puri y sobre la larga lucha histórica por el control de los rituales, de los festivales y principalmente de los ingresos procedentes de las peregrinaciones. Dicha lucha se ha dado entre el rajá de Puri, los gobiernos precolonial, colonial y poscolonial, y los diversos funcionarios del ritual asociados con el templo. El libro consta de cuatro capítulos ordenados temáticamente, no cronológicamente. Entre los temas principales tenemos los siguientes: 1) los mitos y las leyendas asociados con Puri y Jagannath; 2) las relaciones legales, políticas y religiosas entre el templo y el rajá de Khurda-Puri, por un lado, y entre el rajá y los estados colonial y poscolonial, por el otro; 3) las actividades cotidianas y las relativas a los festivales del templo, dirigidas por grupos de funcionarios del ritual —que a menudo rivalizan entre sí—, especialmente cocineros, guardias y guías de las peregrinaciones (*pandas*), así como los intentos implacables de dichos funcionarios por obtener dinero de los peregrinos y evadir el control administrativo del rajá o del Estado; y 4) el famoso festival del carro de Jagannath, su ciclo litúrgico y los múltiples significados atribuidos al festival y a la peregrinación a Puri para asistir a tal festival. Además, en la introducción se abordan algunas consideraciones teóricas y metodológicas del estudio.

Entre las fuentes que utilizó Banerjee Dube se encuentran expedientes del gobierno, publicados y sin publicar, tanto coloniales como

de la época independiente; manuscritos procedentes del Heidelberg Orissa Research Project Archive, reportajes de periódicos, libros y artículos, entrevistas con el actual rajá de Orissa y con diversos funcionarios del templo, y el propio trabajo de campo realizado por la profesora Banerjee Dube. Especialmente los expedientes del gobierno ofrecen información nueva sobre los problemas tratados y constituyen el meollo del estudio.

Los expedientes muestran que, a lo largo de los siglos XIX y XX, la administración y el control del templo, su liturgia diaria, sus funcionarios y sus festivales constituían una fuente de gran prestigio para el rajá, el Estado colonial y el Estado independiente; pero, al mismo tiempo, eran la causa de un tremendo problema administrativo. La autora intenta explicar con denuedo tanto las razones complejas que subyacen tras las tentativas del rajá y del Estado por controlar el templo y a sus funcionarios, como la desconcertante variedad de arreglos administrativos y legales establecidos para lograr este fin. Para el rajá y también, aunque en menor grado, para el Estado nacional colonial e independiente, el control sobre el templo confería legitimización religiosa a sus regímenes políticos. En la creencia popular, el dios Jagannath delegaba el control del Estado a los gobernantes, en parte a cambio de su patronazgo del templo y su control sobre los asuntos y festivales de dicho templo.

En la práctica administrativa real, al templo lo controlaba un enorme número y variedad de cocineros, guardias, guías y sacerdotes, todos los cuales trataban de ganarse la vida a costa del negocio de la peregrinación o del patrocinio del Estado. El Estado, por su parte, trataba de cubrir los gastos en que incurría el templo, esencialmente preservando la ley y el orden para los peregrinos, y supervisando, de diversas maneras, el gran festival del carro. Inicialmente, los británicos, siguiendo el precedente establecido por los mogoles y los marathas, trataron de cobrar un impuesto de peregrinación a los peregrinos, así como de supervisar y financiar muchas de las actividades del templo, mientras que los asuntos cotidianos del templo los delegaron en el rajá. Al mismo tiempo, los británicos mantuvieron el poder de decisión final y controlaron de forma más directa los ingresos y los gastos del templo. El rajá, los funcionarios del templo y algunos misioneros cristianos, quienes consideraban sacrilego el involucramiento de los británicos en un templo hindú, opusieron objeciones al patronazgo y control del templo por el Estado colonial. En 1840 se revocó el impuesto a la peregrinación y en 1856 se suspendieron gran parte de los pagos en efectivo al templo y a sus funcionarios. Se devolvió la mayor parte de la autoridad al rajá, quien volvió a asumir el control de los terrenos del templo, los cuales servían para financiar muchos

de los gastos de éste. Hacia fines del siglo XIX y durante la primera mitad del XX, el gobierno colonial intentó retomar el control más directo de los asuntos del templo; pero, para ese entonces, no sólo tuvo que contender con el rajá y los funcionarios del templo, sino también con el movimiento nacionalista indio que estaba en ascenso.

En 1955 el gobierno independiente de la India revocó la mayor parte de los derechos del rajá para supervisar el templo. Banerjee Dube (p. 52) señala que el gobierno “otorgó la administración y el gobierno del templo y sus dotaciones al Comité de Administración del Templo de Sri Jagannath, con el rajá de Puri como su presidente. En una cláusula del acta se nombraba un administrador como secretario del Comité y se le confería el control virtual del templo”. Esta decisión se sostuvo a pesar de las protestas legales del rajá; sin embargo, tal como la autora también indica (p. 86), “la creación del comité administrativo del templo y el nombramiento del administrador no produjeron un mejoramiento notable en los asuntos del templo”.

El mejoramiento de la infraestructura del transporte, el aumento de la salud de las clases medias de la India y el incremento general de la población han acarreado un constante aumento del peregrinaje y del dinero para el templo de Jagannath. El número de funcionarios del templo, oficiales y no oficiales, también ha aumentado sustancialmente con miras a beneficiarse de las mayores oportunidades de obtener dinero de los peregrinos. La descripción de Banerjee Dube acerca de las actividades actuales de los sacerdotes y funcionarios del templo, basada, en gran medida, en entrevistas con el rajá y con funcionarios del templo, así como en sus observaciones personales, tiene el propósito de ofrecer una imagen desapasionada, “objetiva” de tales actividades. No obstante, la voracidad legendaria de los funcionarios del templo —especialmente de los guías de la peregrinación, conocidos como *pandas*— es tal, que incluso la autora no puede ocultar su desaliento. Un acontecimiento especialmente interesante que documenta Banerjee Dube es la aparición de una red de *pandas* que sólo están vinculados al templo de forma libre y que piden donaciones de tierra o dinero para éste, las cuales proceden de los donantes de clase media, quedando los *pandas* mismos como fideicomisarios. Dichas donaciones en realidad privatizan las dotaciones del templo, aunque ni el templo mismo ni los futuros peregrinos a quienes supuestamente ayudan estas donaciones ven los beneficios: virtualmente, todo el dinero acaba en los bolsillos de los fideicomisarios.

La mejor parte del libro es la descripción de la historia de las maquinaciones legales y políticas destinadas a controlar la administración y las finanzas del templo. El relato de la autora sobre este complejo tema en general es un modelo de claridad, aunque en ocasiones

sus intenciones de producir una narración directa y clara se ven superadas por tal complejidad. En su exposición de los mitos y las leyendas del templo aplica algunos aspectos de la metodología y el estilo de los estudiosos de religión y de antropología de la religión, especialmente de Víctor Turner. La introducción teórica, por otro lado, se basa en gran parte en el trabajo de antropólogos-historiadores de lo subalterno y de las escuelas poscoloniales. Aunque estas exposiciones están al día y son siempre interesantes, los cambios de enfoque, e incluso del lenguaje, resultan en ocasiones desconcertantes. De todas formas, el libro ofrece un modelo nuevo y notablemente mejorado para los estudios de poblaciones con templos y la administración de éstos.

DAVID N. LORENZEN  
*El Colegio de México*